

EUSEBIO CALONGE

# Aquí yacen

(*DRAMATIS PERSONAE*)

Exhumación y reducción a restos  
literarios de personajes de La Zaranda

## A MODO DE ÍNDICE

Título, año de estreno y número de nicho que ocupa cada personaje.

*Mariameneo Mariameneo* (1985):

Restos exhumados, 10: Mariameneo.

*Vinagre de Jerez* (1990):

Restos exhumados, 9: Vinagre de Jerez.

*Perdonen la tristeza* (1992):

Nicho 1: Leandro Lapena; 2: Agustín el Tramoya;  
3: Sebastián.

*Obra póstuma* (1995):

Nichos del 15 al 17.

*Cuando la vida eterna se acabe* (1997):

Nicho 18: Marcela Bebevientos; 19: la Catacatre; 20:  
el Metralla; 21: doña Zancajos.

*La puerta estrecha* (2000):

Nicho 22: la Calaca; 23: la Pájara; 24: don Saturno;  
25: la Chancla; 26: el Jarabe

*Ni sombra de lo que fuimos* (2002):

Nicho 27: Cirila la Sultana; 28: Tío Zurrapa;  
29: Cañahueca; 30: Miracielo; 31: el Borroso.

*Homenaje a los malditos* (2004):

Nicho 34: el Maestro; 35: Profesor Matamula;  
36: Cantarrana; 37: Revolera; 38: el camarero del  
Imperial; 39: Mariquita la Ecurría; 40: la Cuajá;  
41: Conchita la limpiadora.

*Los que ríen los últimos* (2006):

Nicho 42: Rampló; 43: Pampringao; 44: Honorinni.

*Futuros difuntos* (2008):

Nicho 45: Morras; 46: Calabazas; 47: Lezcano.

*Nadie lo quiere creer. La patria de los espectros* (2010):

Expediente de incineración, 49: doña Tránsito;  
50: Visitación.

Restos donados a la ciencia, 51: Moscoso.

*El régimen del pienso* (2012):

Expediente de incineración, 52: Martín;  
53: Rivera; 54: señor Sánchez.

*El grito en el cielo* (2014):

Agente de aseguradora, 48: Pérez.  
Jefa de geriátrico, 55: doña Severa.

Expediente de incineración, 56: Dolorcitas;  
57: Dionisio; 58: el enfermo de Alzheimer.

*La extinta poética* (2016):

Cámara frigorífica, 11: Jennifer López Ponce.  
Restos donados a la ciencia, 32: el Padre.

*El corazón entre ortigas* (2016):

Nicho 4: la Duquesita (también citada y  
evocada en *Nadie lo quiere creer*).

*Ahora todo es noche. Liquidación de existencias* (2017):

Cámara frigorífica, 12: don Nadie; 13:  
Tirao; 14: Esmayao.

*El desguace de las musas* (2019):

¿Nicho 5?: don Pepe; 8: la Tosca.

Expediente de incineración, 6: la Culipica;  
7: Melvin Kentaki.

Paradero desconocido, 33: la Volcán; 59: la Rajá.

Los enterradores aparecen en *Ni sombra de lo que  
fuimos* y *Homenaje a los malditos*.

Los forenses aparecen en *El régimen del pienso* y  
*Ahora todo es noche*.

La cartelería de La Zaranda, página 137

## PRÓLOGO

Por Julio Checa

AQUÍ YACEN MÁS DE sesenta personajes que tienen la extraña condición de mantenerse en pie, a pesar de su aparente mutis final permanente, de la anunciada e inevitable extinción de una vida eternamente a punto de acabarse. Con ellos, también lo hace una de las compañías más genuinas del teatro español de las últimas décadas.

El miedo a ser mal entendido me hace renunciar a la expresión «teatro de culto», y elijo hablar de La Zaranda como una compañía «rara», igual que este libro. Ambos, libro y compañía, comparten esa condición, su «rareza», en casi todas las acepciones que recoge la RAE para este vocablo, a saber, «que se comporta de un modo inhabitual», «extraordinario, poco común o frecuente», «escaso en su clase o especie», «insigne, sobresaliente o excelente en su línea» y, por último, «extravagante de genio o de comportamiento y propenso a singularizarse». Así es La Zaranda; así es este libro que podrá leerse de muchas maneras, como avisara el autor de *La Celestina* en su famoso prólogo: algunos royendo los huesos; otros picando los donaires y refranes comunes; pero, sobre todo, los más avisados desechando el cuento de la historia al tiempo que «coligen la suma para su provecho».

El índice del libro pudiera llevarnos a confusión, pues ofrece una organización sospechosamente ordenada en la que, enmarcados entre un prólogo y un epílogo, se alternan, en progresiva

degradación, los distintos espacios de la reclusión o del olvido (archivos, cementerios, sala de necropsias, cámaras frigoríficas, hospital, manicomio, tanatorio, ruinas) con el catálogo de seres que los habitan (una completa taxonomía de la exclusión). Cada uno de ellos acude al mundo de La Zaranda con su *fatum* propio, que es el de todos, personajes y espectadores, pero con un extraño impulso para seguir siempre el camino hasta un poco más allá, para elevar la voz rebelde que proporciona creer en los sueños; no resignarse a lo que muestra la realidad. Verdaderos retratos, en los que lo grotesco surge de la extraordinaria cercanía con la que son observados estos personajes. En su caso, la deformación no se explica por que sean vistos desde arriba, sino por ser vistos desde muy cerca, demasiado cerca. Y cuando estamos absortos esperando su disolución, nos sorprenden con una voz que actúa como un grito en el cielo al que apuntan desde las cuatro tablas de su *tinglao*. Como comprobará el lector, y como saben quienes los han visto sobre un escenario, estos personajes se reivindicán con su gesto y con su voz, antes de ser definitivamente engullidos por una coda final cortante y dolorosa, pero siempre digna, esperanzada, trascendente.

Sin embargo, esta estructura lineal, organizada mediante fragmentos que repiten su orden y se van ensamblando entre sí, lleva siempre implícito un rito de paso, un cambio de naturaleza, a menudo una epifanía. El mundo de la apariencia contiene puertas muy estrechas, que prometen la salvación, o la condena definitiva, a quienes las atraviesan y nos invitan a seguirlos, para descubrir que la nada del más allá es la misma que la del más acá. Así, todo este universo teatral nos ofrece una visión alegórica de la existencia. Por ello, por la revelación de la apariencia, *Aquí yacen* es mucho más que un catálogo de lugares y de personajes, más que una simple lista de nombres; es también una poética teatral, una historia del teatro, un manual de estilo, una *minima moralia* y, por encima de todo, es el libro del desasosiego de un dramaturgo y de una compañía, de un grupo de cómicos que han llevado a los

escenarios unas existencias en constante peligro de agotamiento por liquidación de existencias, siempre en los márgenes de la vida y del arte o, lo que es lo mismo, en su centro. Lo que Eusebio Calonge nos ofrece, o así lo quiero leer, es el lúcido tratado sobre la vida y la muerte, sobre el paso del tiempo y sobre el teatro, que ha ido construyendo *La Zaranda* a lo largo de cuatro décadas. Para todos estos seres a la intemperie, el teatro es un verdadero refugio. Parecen querer convencernos de que mientras estemos *aquí*, nada peor nos puede pasar.

La elección del deíctico pudiera entenderse como la repetición de una frase hecha, de una fórmula habitual en todo epitafio, pero conviene recordar la obstinada reivindicación, casi obsesiva, que Eusebio Calonge hace de la palabra, del lenguaje. Hamlet lo dejó dicho: «Palabras, palabras, palabras». Y él lo sigue al pie de la letra. *Aquí* es el libro, el lenguaje. En el suyo, no es difícil reconocer el magisterio de la tradición poética hispánica y de la mejor expresión dramática universal, junto con el evidente legado de una tradición oral popular, depurada, sabia y, a menudo, rica en hallazgos. Esa genuina combinación de lo culto y lo popular constituye también toda una poética reconocible, en la que lo humilde se quiebra con voces grandilocuentes, con repeticiones desasosegantes, con situaciones grotescas y, sobre todo, con silencios. Sin lugar a dudas, los silencios son un espacio de confluencia, un catalizador. En los silencios convergen todos los ejes expresivos, son el principio y el final del impulso constante de hablar, según nos enseñó Beckett; antes, Pessoa.

Así, quienes hablan son esos personajes hechos de palabras y de silencios, con la misma naturaleza de los sueños que aquel Abel Sánchez de Unamuno, o que aquellos personajes de Pirandello. Del mismo modo, mediante sus voces nos llegan los ecos de Eusebio, que se aprovecha para dar cuenta de sí mismo y de su *troupe*. Los personajes, como ellos, surgen desde las fuentes de la experiencia vital, de las lecturas, de cuadros preferidos, de

Aquí yacen



## TANTO OLVIDO POR DELANTE

EL FONDO OSCURO DE UN espejo, tan hecho a la soledad que perdió la costumbre de reflejar con nitidez las caras. Todos cuantos se asoman a su azogue aparecen como máscaras oscurecidas por el tiempo. Más o menos todas iguales, como las de un borroso coro que se refugiara en las profundidades del olvido.

¿Quiénes son estos personajes que aquí asoman? Encerrados en sus destinos, los férreos argumentos que actuaron, como las polillas a la luz, así salieron al escenario. Bajo las bambalinas, entre los límites de la tramoya, figurantes de cenizas. Dejando solo un reguero de tinta que seguir antes de que el tiempo, sigiloso, pasara las páginas de sus libretos. Aparte de estas mortajas de palabras, lo que pude rescatar de ellos son archivos atestados de periódicos amarillentos, de fotos grises, programas de mano de hace décadas, todo abandonado al polvo.

Aunque anide la carcoma entre los renglones dialogados, que es como decir en las gargantas de estos personajes, de vez en cuando retumba el eco de alguna frase por los dédalos de la memoria, como alguna vez se enciende una bombillita de las que rodean los espejos en los camerinos. Los alumbraba entonces una tenue esperanza: la de poder volver a la vida, maquillar su olvido, escuchar otra vez el aviso del regidor de que faltan tres minutos, sentir respirar a la platea.

## LOS ARCHIVOS

EN LO MÁS ALTO DE una estantería. Dentro de una caja de cartón, peste a humedad, cagadas de ratones, libretas dos rayas, cartapacios, folios mecanografiados, DIN A4 impresas a ordenador, papeles descabalados cuyo formato me da alguna idea de cómo situar cronológicamente estos restos que parece multiplicar el olvido. Por lo herrumbroso de las grapas estos libretos fotocopiados parecen los más viejos. «Sesión dramática», reza en la primera página. Al abrirlo escapan algunas frases al vuelo, como pájaros liberados del tiempo: «Cuando se canta se le está diciendo al mundo de dónde vienen y adónde van las cosas...», «Te he dicho que no voy» o «Así va haciendo la vida con nosotros». De entre sus páginas amarilladas, cae una foto en blanco y negro: cuatro actores sobre un escenario, unos palcos detrás, los ojos deslumbrados por el *flash*... Bajo el libreto aparecen retales de periódicos roídos, trizas de viejas críticas, añicos de éxitos pasados:

*«Ha lascitado una forte impressione sia per contenuti rivolti al mondo del teatro chesta declinando verso la propia morte».* Firma un tal Giorgetti. En otra «... es talento resuelto escénicamente con un manejo envidiable de...»; en el trozo de periódico no aparece de qué. Una página se conserva casi entera. Tiene una fotografía. En ella un personaje sostiene en la mano una jaulita vacía. Su titular dice: «Una mirada crítica».

## EL CEMENTERIO

COMO TODO CEMENTERIO, ESTE estuvo en las afueras, sobre una suave loma. Antiguamente se llegaba por un camino de grabado romántico, escoltado por los inevitables cipreses. El crecimiento de la ciudad lo dejó aislado, entre tierras removidas por excavadoras y grandes tubos de acometida abandonados, rodeado por una urbanización de adosados que no llegó a terminarse. Sin más árboles que los que quedaron dentro del recinto. Unos álamos que asoman sus ramas por las tapias y la reliquia de aquellos viejos cipreses, dispersos entre los panteones y las tumbas que asoman con sus cruces de granito. A un lado de la gran cancela de la entrada —el recinto parece más grande una vez cruzado su umbral—, queda una modesta y pequeña capilla con espadaña, que no se abre hace mucho si nos fijamos en lo oxidado de sus goznes; y del otro, una vetusta portería, que hace de secretaría o de registro. Bifurcan de su avenida central, la que ostenta los panteones importantes, las calles más anchas. En las esquinas de sus paredes de nichos cuelgan los rótulos con su ordenación en cuarteles y patios. Pese a esto, es fácil perderse en este dédalo de lápidas.

Sobre la marmolería de lápidas y cruces aparece la cúpula de un panteón, posado sobre ella un ángel, leprosa su piedra, que señala al cielo. Nos sirve de referencia. Si continuamos por la calle de la izquierda hasta el final, encontraremos, cerrándonos el paso, el patio de Beneficencia: sombrías paredes de nichos, algunos sellados con cemento y otros que mantienen sus fauces abiertas, hú-

## ARTISTAS DE MALA MUERTE

I

LEANDRO LAPENA

19/III/1992

UN NOMBRE RESULTA LLAMATIVO, casi cómico entre todos los que aquí reposan: Leandro Lapena. Escrito en el cemento cuando aún estaba fresco, junto a un número y la fecha de entrada o defunción.

Pronunciarlo me hizo rescatar del olvido la imagen del viejo cómico. Evocando la fugacidad de un encuentro. Hacía años, me había cruzado con él; fue en la parada de un autobús, en una oscura calle de la periferia. Envuelto en un raído abrigo de mujer de grandes cuadros escoceses, escondidas las facciones tras unas grandes gafas de sol. Me contó a bocajarro que la envidia impidió que le llevaran de gira por América cuando ya su nombre estaba impreso en los afiches de teatros del Nuevo Mundo. Ese, se ve, había sido su gran sueño, su gran obsesión. El triunfo y la gloria que se le negaban en su árida patria conquistados en ultramar. El público al fin rendido a sus pies... Las ilusiones de juventud al parecer se enquistaron en la chochera, y era frecuente encontrar al viejo actor con la retahíla de que preparaba un papel protagonista para representar no se sabe qué dramón en qué país, declamando

taría nunca. Nadie le conoció una sonrisa debajo de este carrilito de hormigas, quizás por ocultar así sus pocos y sarrosos dientes. Lo mismo pasa con su atuendo, nadie lo recuerda más que con su guardapolvos, de un color ya indistinguible, y sus babuchas de paño, ahormadas a la forma de sus juanetes. La mirada entre llorosa y perdida, apenas sin ver nada, vuelta del revés al pasado, al que una y otra vez regresaba, citando nombres que fueron célebres, obras que fueron éxitos, y que cayeron después en el más profundo de los olvidos.

En la larga agonía del teatro, festín para carcoma y ratones, don Agustín, octogenario ya, no abandonó jamás su puesto, ni aun cuando apuntalaron su fachada y cortaron definitivamente la corriente eléctrica. Allí, bajo la sucia luz de una claraboya de la entrada de artistas, siendo escrutado desde la cartelería por los ojos risueños y despintados de figuras remotas de la escena, se sentaba como si esperara el milagro de la resurrección. El que llenara de nuevo el local del jaleo de las bailarinas, del murmullo de los traspuntes, de las risotadas chuscas de los figurantes, del cabreo de los empresarios...

*Para actriz, Flora Pereira, una señora en el escenario. ¡Uno ha visto a tantas! Pero como ella, ninguna. Ponía la platea en pie cada vez que salía... Daba gusto subirle y bajarle el telón. La recuerdo en aquel papel de Ofelia. Me decía: «Pare ya Agustín, no lo suba más, que me duele la cintura de tanto saludo...». Qué sonrisa tenía, qué mirada, era un sueño de mujer. ¡Qué belleza! Un ángel, alegraba mi alma solo con verla... Sí Flora, ninguna como tú. Me fijaba siempre en tus manos blancas... casi puedo verlas ahora tocando las mías. Un ángel, sí...*

De allí lo sacaron una tarde desapacible de septiembre, el 24, según reza el cemento que sella el nicho. Se quedó inconsciente, su cabeza desplomada sobre un periódico amarillento, abierto seguramente por las páginas de farándula, detenido el tiempo en algún estreno clamoroso de hacía décadas. No se volvió a despertar.

versos descabalados... Sueños, delirios que lo acompañarían hasta el día de su óbito, aquí trazado en cemento.

Rebusqué en la hemeroteca municipal, busqué en el periódico local todos los primeros de noviembre de las décadas del cincuenta al setenta. Allí encontré una única foto borrosa de don Leandro, caracterizado como Tenorio. Bigotes y perilla, luciendo una gran cruz de Santiago, declamando al modo ampuloso y gesticulante de la época. Detrás de él, un telón de tumbas y cipreses repintados. Firma la foto Bartolomé Gil, y a su pie escribe un anónimo gacetillero: «Don Leandro Lapena junto a la joven promesa Maura Silva; bordaron los eternos papeles de don Juan y doña Inés, para deleite del mucho público que abarrotaba la sala del Casino. Un gran éxito del que aún resuenan los aplausos». Nada más encontré. Fue este un actor de los que recorren los pueblos sin dejar detrás de sí más que el polvo de los caminos. Supongo que quedará alguna gacetilla más, perdida en diarios de provincias, agujereados de polilla y anidados por pececillos de plata.

*Si ahora me dijeran que fuera con ellos, si me dieran un buen papel, todavía estaría a tiempo... me levantaría. Sí, solo me hace falta un impulso, y el cambio de aires me vendría bien... «Que aún queda un último grano en el reloj de mi vida»... Pero ¿quién va a venir? Ya nadie se acuerda... Se está acabando el alcohol de romero, da igual, ya no llevo a darme friegas en las piernas y tampoco me alivia... Todavía podría hacer algunos personajes de carácter, nadie hizo como yo a don Julián del Gran Galeoto, todavía hay gente que me lo recuerda... ¡Ay! El pecho, si no fuera por este dolor aquí en el pecho, estaría bien... Sí, todavía se recuerda... ¿Quién recuerda?... Aquellos versos, nadie los decía mejor que yo, aplaudían aun antes de que los terminara: «Con estas flores pensaba cubrir tu lecho y no esparcirlas en tu sepultura»... Tu sepultura, mi sepultura... Tendría que levantarme, abrir la ventana, no entra aire... Quién sabe, quizás alguien me recuerde y venga a buscarme para un buen papel, el colofón a mi carrera, todavía tengo*

HAY DESTINOS TRÁGICOS Y OTROS que parecen sainetes. Los restos de otra persona vinculada algunos años al mismo teatro reposan dos filas más arriba. Sebastián desertó de la fontanería para seguir su vocación, aunque sus sueños de maletilla acabaron con cuatro revolcones, el último con más de cuarenta puntos de sutura en una pierna. De aquel tiempo arrastraba, aparte de una mal disimulada cojera, su «dogmatismo» taurino y la creencia de que era una autoridad en la materia. Acabada su ilusión de tan mala manera, subsistió haciendo chapuzas: aparte de plomero, pintor de brocha gorda, peón de albañil... No se sabe cómo vino a entrar de tramoyista, aunque no en la mejor época del teatro, según le recordara a diario don Agustín. Llegó casi para inventariar las pocas cosas vendibles que había en aquel mausoleo de columnas de estuco repintadas de purpurina, levantado en los principios del 1900. Se le recuerda bromista y chirigotero, algo vago y capaz de beberse lo que había ganado en el día. En sus borracheras contaba sus orígenes, como un chiste, a todo el que quería escucharlo.

*Mi padre, que llegó a sargento en la guerra, se amancebó con una mujer de la vida que tenía dos chiquillos. Él le dio el tercero. Servidor. Al que bautizó con su mismo nombre. Dos años más tarde ella se fue, y ahí te quedas con los tres niños. ¡Si te vi no me acuerdo! Mi padre fue en su busca, pero un chulo le molió los huesos, murió al poco tiempo, dicen*

## LA DUQUESITA-LA TÍA JACINTA

(Jacinta Martínez de Trastamara)

9/1/1956

DE LOS DESCOLORIDOS ARTISTAS de la cartelería que empapelaba el escenario del Principal, se encuentra en estos nichos Jacinta la Duquesita, cupletista de cierto eco en los tiempos de la guerra. La desvaída imagen muestra a una escultural vedete, de cabellera rubia y boca sonriente, desnuda bajo el mantón de manila bordado con pavos reales. El cartelón publicitario, en el que se le anuncia como única en su género es de su época gloriosa: «¡Tras su colosal y grandioso éxito! Extraordinarias funciones de varietés».

Nacida en el seno de una familia aristocrática, su afición a los escenarios hizo que fuera proscrita de esta. Vivió, más que de su voz, de los agasajos de los amantes, entre los que se encontraron políticos y artistas notorios de la época.

No sería mucho tiempo después de pegarse estos carteles que comenzaron sus desgracias, dignas de un novelón por entregas. Pasiones que mueven sus hilos, arrastrándola por media Europa, y que el destino cercena violentamente con la muerte de su último amante, dejándola como una marioneta rota en Düsseldorf a las puertas de la segunda gran guerra. Escribe desesperada a su familia sin obtener respuesta. Sola y sin dinero, su degradación es rápida. De elegantes lupanares a antros sórdidos donde acaba de prostituta de tropa. Es requerida entonces como *Die Spanische*. Cruza muchos mapas hasta que logra regresar, sin encontrar más que la sepultura de sus dos hermanos, a quienes dieron «el pase» hasta una cuneta. Quizás por remordimiento o por vergüenza, ocultó siempre quién era. Heredera solo de gonorreas y chancros, murió de sífilis en una chabola de las afueras.



## LA CARTELERÍA DE LA ZARANDA

«La mirada  
y lo que mira».

Marguerite Yourcenar,  
*Los treinta y tres nombres de Dios*

ESTA ICONOGRAFÍA CONFORMADA EN cuatro décadas es la relampagueante visión de nuestra historia. Las obras que la configuran quedan aquí resumidas en unas imágenes. Estos fogonazos capaces de decir o de encerrar toda una creación escénica nunca respondieron a un interés de venta, a la descarnada publicidad, eso que hoy día llamamos *marketing*, sino a un intento de resumir en una mirada todo el mundo que en la obra acontece.

Para que esto ocurra, la imagen que se emplea debe ser algo más que simplemente atractiva, debe contener toda una visión interior. Proceso análogo al que se desarrolla en la creación escénica, donde lo corpóreo, los movimientos del cuerpo, deben revelar los del alma. Estamos entonces ante algo más que una experiencia óptica, en esa encrucijada entre la vista y lo visionario. Algo fundamental para desplegar esa imaginería viva que aparece en nuestras obras y que desde estas primeras imágenes se fundamenta.

Retratos descoloridos en nuestra memoria, baúles varados en el trajín de la vida, intemperie y daguerrotipo, chirriar del óxido en